HEROES ANONIMOS | Los campesinos de las colectividades

LA UNIDAD QUE PRECONIZA Y PRACTICA EL MOVIMIENTO LIBERTARIO

La unidad que nosotros preconizamos y practicamos, no es una de las supercherías más con que se trata de encubrir —sin que ello a estas alturas, a nadie engañe— la penetración taimada y sistemática de determinados elementos en las organizaciones y partidos, para imponer criterios particulares que hagan prevalecer caprichos de bandería o intereses de contubulados en la administración de lo que compete administrar a todos los españoles antifascistas. No es la unidad que escinde para sacar provecho de estas prácticas escisionistas No es la que tuerce las aguas del bien común hacia el molino del beneficio particular. No es la que se dice desear, con nobleza y lealtad, y que se trata de imponer por malas artes —de sobra conocidas— con fines también conocidos en exceso. No es la que pueda presentar las características de una imposición o de una amenaza sediciosa frente a la voluntad general del país.

Tenemos otro concepto de la unidad que practicamos y preconizamos. Nuestra unidad es la que todo el pueblo español mantiene en la base de todos los partidos y organizaciones, por impulso cordial y solidario y como pronunciamiento de un libre acuerdo, impuesto, por otra parte, por el interés que para todos debe ser sagrado: el interés de nuestro pueblo por la salvación de su libertad y de su supervivencia física y moral.

Esta unidad es la que rechaza por decoro y por sentido moral todas las maniobras de capilla de Comité o de grupo, en momentos en que la unidad de todos es indispensable, para afrontar el presente y el futuro de cara a las conveniencias auténticas permanetnes y apremiantes de nuestra causa. Nuestro concepto de la unidad no admite dioses ni cree que haya insubstituibles para ninguna función. Nuestra unidad no es de las camarillas Es la unidad de todo el pueblo español antifascista.

La trayectoria toda del Movimiento Libertario es una prueba innegable de que así comprendemos y así practicamos nosotros la unidad, la verdadera unidad. A esta línea de conducta seguiremos ajustando nuestra actuación. El Pueblo sabrá deslindar las responsabilidades que corresponden a cada sector antifascista, a cada organismo responsable, a cada individuo representativo. El Pueblo será su supremo juez.

CONSIGNA DEL PUEBLO QUE EL PUEBLO CUMPLE

RENOVARSE O PERECER

LAS REALIDADES VERDADERAS

Prosiguen tendiéndonos la mano salvadora, construyendo los puentes por los que podremos pasar los precipicios, señalando la ruta segura para evitarnos catástrofes. Lo hacen desde el órgano del Partido Sindicalista de Barcelona, algunos de sus colaboradores. El 26 de agosto, «Mañana» nos lanza el histórico dilema: «Renovarse o perecer»...

No vayáis a creer que con este artículo entramos en un período de polémica. No queremos promover discusión pública de un problema que, si se plantea, ha de hacerse en nuestros propios cuadros orgánicos, sin que precisemos de consejeros gratuitos de la categoría de los que vienen haciéndolo de la C. N. T. y la F. A. I., con propósitos que ya hemos explicado en otra oportunidad. No vamos a rebatir las «renovaciones» que nos marca el nuevo salvador. Sólo queremos decirles a los amigos del Partido Sindicalista una cosa: que no se inmiscuyan demasiado en asuntos de incumbencia exclusiva del Movimiento Libertario.

Y algo más. Que las panaceas que nos ofrecen obligan a llamarles como lo que son: descubridores del Mediterráneo. Al incitar a los «dirigentes» de la C. N. T. y la F. A. I. a que eviten el suicidio señalando a los miembros de nuestras organizaciones lo que vendrá mañana, y el camino a seguir para que no nos tomen desprevenidos los acontecimientos, no hacen sino remocer el pantano en que quisieron los políticos de todos los tiempos encerrar el problema trascendental de la revolución social. ¡Vaya la «renovación» que nos señalan los políticos el hablarnos de un partido que aglutine a los libertarios para poder intervenir en las probables elecciones parlamentarias y gubernativas que pueden venir!

¿Es que desconocen por completo la historia de las grandes revoluciones populares? ¿Es que no saben por qué los anarquistas rechazaron siempre las Convenciones, las Constituyentes, los Parlamentos, los Gobiernos sedicentes revolucionarios? ¿Es que hacen otra cosa quienes quieren evitar nuestro suicidio, que machacar sobre las viejísimas teorías autoritarias, jacobinas, marxistas, estatistas, que sólo consideran posible encauzar una revolución por los medios gubernamentales?

¡Vaya la manera de renovarnos, que se nos aconseja! ¿Es que los prácticos consejeros que quieren que formemos un partido político olvidan la Historia elocuente de la Constituyente rusa? ¿Es que creen en verdad que para quien es objetivo primordial imponer su dictadura sería obstáculo una institución democrática cualquiera, si tuvieran la fuerza suficiente para dar su golpe de estado, al estilo del dado en octubre de 1917 por los bolcheviques?

Repasen la historia los consejeros que nos tienden su mano salvadora. Y verán que sus recetas y panaceas son las mismas de todos los que creyeron que «estaban» la revolución a través del Estado, participando en el Parlamento, en el Comisariado del Pueblo, etc., etc. ¿No conocen la trayectoria vivida por los socialistas revolucionarios de izquierda rusos, con María Spiridinova a la cabeza?

El verdadero camino para asegurar el respeto para los derechos del Pueblo no se lo vamos a decir aquí. Sólo subrayamos esto: que el anarquismo revolucionario no se le olvida tan fácilmente la historia. Como no pierde su propio rumbo, ni se deja arrastrar por nadie a las trampas de la política. Para defender la Revolución, el anarquismo revolucionario sabe que debe permanecer siéndolo más que nunca.

Descubridores del Mediterráneo: ¿Por qué no os aplicáis vosotros mismos la fórmula de «renovarse o perecer»?...

Pantaleón Ortega Gómez

A un año de su heróica muerte

Hoy hace un año cayó mortalmente herido en el frente aragonés uno de nuestros jóvenes y ya destacados militantes: Pantaleón ORTEGA GOMEZ.

Es deber de cuantos le conocimos recordar en este día algunos de los rasgos más destacados de su vida; recordatorio que más bien merecería llamarse elogio del malogrado anarquista.

La obra realizada por Pantaleón, así como su heróica muerte, tienden al mismo fin: la realización de los más altos ideales humanitarios; toda su vida tiene una trayectoria bien definida, sin dudas ni vacilaciones.

Las gloriosas jornadas de julio no encontraron desprevenido al joven héroe, que a los veinticuatro años se había forjado una sólida cultura y tenía clara conciencia de la misión a desempeñar por la clase obrera. Sus dotes de organizador se revelaron plenamente, en aquellos difíciles momentos; recuérdese la colectivización de los almacenes «El Ibarra».

Fué al frente, él que detestaba al ejército de tipo burgués, cuando a raíz de la muerte de Durruti, vió que la revolución necesitaba hombres dispuestos a luchar y capacitados para formar un auténtico ejército defensor del pueblo. Nuestro joven continuó en Aragón la tarea empezada en la retaguardia: organización de bibliotecas, clases, conferencias, continuando la propaganda de las ideas anarquistas.

Elegido capitán por sus mismos compañeros, una bala fascista segó su vida cuando, desde las primeras alambradas, se lanzaba al ataque de la ermita de Santa Cruz, a la cabeza de sus soldados y sin ningún distintivo que lo diferenciase de ellos.

POR TIERRAS DE CASTILLA A TERUEL

Para TIERRA Y LIBERTAD

El sol caía abrasador sobre las tierras de Castilla, mientras nuestro coche vuela más que corre, y los obuses de la ratillería facciosa van levantando humaredo de polvo al estallar a varios metros de nosotros...

Ya estos obuses asesinos habrán sentado en la Capital de la Revolución algunas víctimas inocentes.

Marchamos con el comandante Julio Rodríguez Hernández, el héroe del pueblo, el bravo anarquista, al Pardo, para de allí ir a tierras de Teruel.

¡Y como vomitaban obuses, los canallas, no sólo sobre la carretera del Pardo, sino también sobre Madrid!...

—Jerez, di a Pepe alegre, no sea que...

—No importa... Si por suerte no nos dan hoy... nos darán mañana...

—Ni lo digo por ti, ni por él, ni por mí...

—¿Entonces?

—Por el chaillas que es muy viejo. ¿sabes?

Nos reímos de buena gana, liamos un cigarro y... otra vez a Madrid, para ir a Guadalajara, carretera de Cuenca, seguir a Torre Baja, frente de Teruel...

El sol sigue calentando; nosotros nos achicharramos dentro del coche...

Salimos de Madrid a las once y media de la mañana y en Horche, a la una y media de la tarde, hemos comido. De nuevo seguimos carretera adelante, hasta llegar a Cuenca, a las seis y media de la tarde...

Salimos de Cuenca en dirección a Torre Baja...

Total cien kilómetros... Llegamos a Torre Baja a las diez de la noche. Nos dirigimos Julio y yo al Comisariado, donde Carlos Sanz, el magnánimo nos da de cenar...

Este Carlos Sanz, como sus hermanos, es anarquista; es comisario inspector del 19 Cuerpo de Ejército, y es... verdadero hermano nuestro... Hemos querido descansar... ¡no hemos podido lograrlo!...

La aviación facciosa nos bombardeó en Torre Baja...

¡Cualquiera dormiría!... Muy de mañana, sobre las cinco, partimos para Libros... Visitamos las trincheras, sin que en ellas se oyese un solo tiro... Después de comer con el bravo comandante de la 39, Saavedra, también anarquista, partimos para Camarena. Y aquí era otra cosa... La guerra era vivida, era hecha carne viva... Se combatía duramente por todo el sector.

Por la parte en que nos encontrábamos nosotros, y ante la tenacidad enemiga de hostigar nuestros parapetos con gran intensidad y dureza, saltaron los nuestros a sus trincheras provistos de bombas de mano castigando a los canallas duramente y causándoles numerosas bajas vistas.

Ante el castigo, los facciosos se desmoralizaron y desde entonces Camarena quedó tranquila.

Después, sobre las ocho de la noche partimos para Libros y Torre Baja.

Cenamos en este último pueblo, descansamos nueve horas y partimos para Madrid.

La excursión ha sido corta, empero fructífera.

Una crónica de guerra para TIERRA Y LIBERTAD... Nos parece que ya es algo.

Hemos llegado a Madrid y los obuses facciosos bombardean la capital de la Revolución...

¡No importa! ¡No importa! Dos días después, en el Este los nuestros les muelen a palos y les cogen 4.000 prisioneros.

¿Cosas de la guerra? ¡No! Hechos bravos y heróicos del pueblo ibero.

Aurelio JEREZ SANTAMARIA

PROBLEMAS NUESTROS

NUESTRO LENGUAJE

LAS CUESTIONES INTERNAS

Un movimiento revolucionario que se entregue a la estéril lamentación, al tono plañidero, a jeremiadas ridículas, no sólo reclega de la táctica firme, enérgica, que le corresponde, sino que pierde por completo el sentido de su misión de fuerza que actúa sin vacilaciones, sabiendo perfectamente hacia dónde va. Recordar tiempos pasados, llorar a la vista de resultados poco satisfactorios, alzar los brazos al cielo en demanda de luz e inspiración, es propio de quien se deja arrollar por un pesimismo desesperante. Y la desesperación, la falta de serenidad, la carencia de firmeza, pueden estar en cualquier parte menos en el seno de un movimiento revolucionario como el nuestro.

Con plena conciencia de nuestra fuerza, con la noción clara de lo que significamos hoy en la España antifascista, con la visión inteligente de la influencia que hemos de ejercer en los destinos del pueblo en el porvenir, nuestro Movimiento Libertario debe proseguir la trayectoria recorrida hasta la fecha, en lo que respecta a la energía de sus manifestaciones y a la responsable serenidad con que encaró resueltamente cada situación. No caben en nuestro campo los juegos de las discusiones mezquinas, de las rivalidades grupistas, de las obcecaciones personales. El lenguaje de cada militante ha de ser del mismo tono que el de la Organización. Estamos en la lucha, en horas de sangriento combate, en momentos difíciles, rodeados de enemigos de toda clase que espían el menor asomo de debilidad, la más mínima muestra de incertidumbre, para consumar planes que tienen por base nuestro desplazamiento, cuando no nuestro exterminio. Los más serios problemas internos, las más importantes discrepancias sobre el camino a seguir, las opiniones más antagónicas, han de encontrar ambiente para su confrontación y solución en el campo propio, sin que por exceso de afán publicitario, los que creen llegada la hora de rectificar, de adoptar medidas fundamentales, se entreguen a la labor de sembrar a todos los vientos sus propios afanes, sus dudas, sus amarguras, sus lamentos y sus críticas.

La C.N.T., la F.A.I. y las Juventudes Libertarias, han mantenido una actitud digna frente a todos los enemigos del Pueblo y de la Revolución. Han sabido mantener la unidad interna, por encima de todas las divergencias de opinión. Han sabido decir su palabra, sin disminuirse a sí mismas, en las horas más complejas y graves de nuestra lucha. Nunca han implorado prebendas, ni han suspirado por copar ministerios, olvidando su misión libertaria. ¿Qué derecho hay para que pierdan la táctica de su lenguaje, para que aparezcan a través de escritos políticos con caracteres que sólo son realidad en las interpretaciones particulares de algunos?

Cada cosa en su lugar. Cada problema debe plantearse donde corresponde. Como hasta hoy. Para que sea la militancia misma quien lo enfoque y lo resuelva. ¿Qué bien hacen al Movimiento quienes divulgan antojadizas ocasiones, dando lugar a que las recojan los que tienen marcado interés en descubrir debilidades, en conocer nuestra situación interna, para realizar su obra, nada deseable por ningún compañero?

Problemas internos, han de ser dilucidados sólo y exclusivamente en el seno del Movimiento. Nunca en las publicaciones. No estamos en las épocas de las controversias que hacían el juego al adversario, porque pocos veían estaban a la altura de las ideas en discusión. No vivimos horas apacibles en que de periódico a periódico pueda discutirse con tiempo adecuado problemas de táctica. Estamos en guerra. Estamos en una lucha difícil, rodeados por enemigos diversos, a los que hay que tener presente cada vez que se escribe o se habla de nuestros propios problemas. Estamos en la fase de la acción, que obliga a un mínimum de responsabilidad que hace ferroso frenar ciertos impulsos, comprimir expansiones personales, sacrificar afanes publicitarios...

El Movimiento Libertario va a realizar un Pleno nacional, en el que serán abordados los problemas vitales de nuestra posición y actuación futuras. Tienen los militantes el derecho y el deber de aportar sus opiniones para que los acuerdos sean las más eficaces posibles. A lo que no hay derecho es a hacer de cuestiones internas, estrictamente internas, caballo de batalla para cualquier prédica pública. ¿O es que la Organización no tiene reglas de conducta, normas elementales, obligaciones ineludibles, sin las cuales dejaría de ser Organización?

Con la cordialidad de trato que merece cada compañero, hacemos esta llamada: nadie olvide que es el Movimiento, la Organización a la que pertenecemos, quien debe hablar con claridad y energía para que el mundo conozca su posición y pensamiento. Y que estar organizado implica velar para que fuera del Movimiento no se agiten problemas ni cuestiones que deben promoverse y resolverse en su seno.

Y algo más: ni dentro ni fuera del Movimiento, caben declamaciones de patetismo desesperado. Como anarquistas revolucionarios, estamos en el deber de dar ejemplo de serenidad, de responsabilidad, de energía, en todas las circunstancias.

¡S. I. A. necesita ayuda!

El gran problema de la guerra

por J. MAGUID

No son razones teóricas, doctrinales, de principios, las que han obligado a los anarquistas españoles a renunciar momentáneamente a su intransigente posición ante el Estado, participando en algunos de sus órganos. Esto está ya explicado hasta el cansancio. No pueden jactarse los políticos, particularmente los marxistas, de que nuestro «realismo revolucionario» haya sido ni más ni menos que el reconocimiento de la necesariedad del Gobierno a título transitorio. El anarquismo español ha hecho el sacrificio de compartir la dirección de la lucha del Pueblo yendo al Poder, con íntima repugnancia, con la convicción de que ni su presencia, ni su conocimiento de los vicios estatales, transformarían las características esenciales propias de todo Poder. El anarquismo español ha dado un paso que fué punto inicial de grandes discusiones entre los compañeros de todo el mundo, llevado por situaciones apremiantes de la guerra, sin ver otra forma práctica, realizable, de intervenir en su dirección y de garantizar al Pueblo la debida orientación de la lucha. La negativa de los otros sectores antifascistas a reconocer el criterio anarquista, al no aceptar la formación de instrumentos que funcionaran al margen del Estado —como el Consejo Nacional de Defensa—, la existencia de un problema exterior que aconsejaba conservar el engranaje jurídico estatal con la esperanza, después defraudada, de una política legal de las potencias democráticas, y otros factores que se analizaron en cada uno de los plenos realizados por el Movimiento, determinaron las posiciones contingentes, que siempre fueron acompañadas por reafirmaciones ideológicas, que las organizaciones libertarias hacían en salvaguardia de sus principios y su finalidad.

Cuando se promueve la discusión de la táctica seguida por el Movimiento, preciso es no escapar del límite que marca la realidad con trazos incontundibles. No se trata de hacer exposiciones antiestatales, de crítica libertaria, repitiendo nuestros conocidos puntos de vista sobre la misión del Estado antes y durante la revolución. De tales conceptos no nos hemos separado, y, ya lo hemos dicho muchas veces, la experiencia cumplida después del 19 de julio aporta nuevas demostraciones a favor de nuestra posición anarquista. No se trata de oponer nuestras soluciones libertarias, al margen del Gobierno, a las preconizadas por los partidos políticos, puesto que convencidos estamos de que mucho más hubiéramos adelantado en todos los terrenos de la reconstrucción social, si se hubiera desarrollado ésta según nuestros principios. Se trata, fundamentalmente, de plantear un problema concreto, que por su propia índole, no puede ser debatido en sus detalles de manera pública. Se trata del problema de la participación activa en la orientación de la guerra, en su dirección y desarrollo. Y toda solución que se busque, no puede apartarse de una premisa, que de ser desatendida, nos condenaría a pasar a la Historia como divorciados del Pueblo en la hora más trágica de su existencia: estar con el Pueblo en la guerra que hace, y estar de modo que seamos factor determinante del máximo grado posible.

Sabemos las causas de muchos fenómenos que han trabado nuestra acción. Conocemos los efectos de la colaboración con los demás sectores políticos. Podemos afirmar el sentido que dan a sus actividades las tendencias republicanas y marxistas. Estamos al tanto de la política desarrollada en el orden militar. Las cifras pueden decirnos algo sobre la influencia lograda, por los medios que conocemos también, por todos y cada uno de los sectores antifascistas. Estamos perfectamente documentados sobre lo ocurrido en los dos años de lucha, y para situar a cada partido de acuerdo a su conducta. Todo esto, lógicamente, ha de hacerse con vistas a resolver el gran problema de una efectiva influencia en la dirección de la lucha sostenida heroicamente por el Pueblo, lucha que ha tenido y sigue teniendo a su disposición a los cuadros revolucionarios del anarquismo y del anarcosindicalismo.

Creemos necesario esbozar ligeramente estas consideraciones, sin caer en la irresponsabilidad de abrir discusión pública sobre un asunto que nuestro Movimiento ha de encarar y resolver internamente. Y lo hacemos, más que nada, para centrar en torno al verdadero problema de esta hora cuantas disquisiciones puedan hacerse a propósito del camino seguido hasta la fecha y del que debemos elegir para la acción futura inmediata. Recordamos de este modo que la cuestión no está en «revisar» principios inalterables que nadie puede considerar caducos, ni en «revisar» los métodos fundamentales de la realización revolucionaria que aquellos principios señalan. Recordamos a los compañeros preocupados por nuestra trayectoria, que el gran problema está siempre ligado a la guerra, y que nunca debemos perderlo de vista.

EL CONGRESO DE MAESTROS DE FRANCIA

(París, en agosto). El gran acontecimiento. —importante también para el movimiento obrero del extranjero— que se desarrolló después de la clausura de los colegios antes de las grandes vacaciones, era el Congreso Nacional de los maestros, realizado en Nantes. Fué rico en espléndidos discursos y discusiones políticas. Se ventilaron en el Congreso los problemas de la educación de los niños, con el mismo fervor que las cuestiones sobre las tareas y sobre el carácter del movimiento sindical. Se ventiló con toda intensidad la cuestión de paz y guerra, la de la defensa de la República y de la lucha contra el peligro fascista. El periódico conservador «Le Temps» utilizaba muy amargamente su artículo de fondo en que lo comentaba así: «Congrès politique» (Congreso político).

Esta organización de maestros, adherida a la C.G.T., representa un poder. De los 132.000 maestros del país, 108.000 están organizados sindicalmente. Los partidos derechistas están indignados por pertenecer los maestros a la misma asociación que los obreros. «Suponiendo que el sitio de los funcionarios esté al lado de la C.G.T., el de los maestros no debería estar allí. Ellos no son funcionarios como lo son aquellos porque ellos se ocupan de las almas» escribe «Excelsior», órgano del Estado Mayor francés.

También el periódico conservador «Journal des Debats» expresa su disgusto al escribir: «Como revolucionarios son ellos más tradicionalistas y conservadores. Como pacifistas, recomendaban ya antes el rehúso del servicio militar en caso de una movilización. Su filosofía sigue siendo la del viejo socialismo por el que la lucha contra el espíritu de la guerra y la lucha contra la religión son las reglas inmutables de la conciencia.»

En efecto, los maestros profesan una doctrina que hoy día en Francia parece pertenecer al pasado: el sindicalismo revolucionario, que en la «Charte de Amiens» del año 1905 encontró su expresión clásica. Ellos son contrarios al control de los sindicatos por los partidos políticos. «No quiero mucho a aquellos elementos del Frente Popular que en toda ocasión proclaman que ellos han sido los únicos que habían previsto todo con claridad, que nosotros no estaríamos donde estamos si nos hubiéramos hecho caso», exclamó Delmas, el secretario de la Federación, dirigiéndose a los comunistas. Más claro hablaron aun otros oradores: «La C.G.T. no debe ser ni una fábrica de boletas electorales ni un nido de enchufes para personajes políticos», declaró el maestro Roumat, condenando la «colonización» de los sindicatos, por el Partido Comunista. Los maestros están disconformes y descontentos de la política exterior del Frente Popular y de la C.G.T. Esta política les parece demasiado guerrera. Se reprocha a León Jouhaux su falta de resistencia frente a los intentos del Partido Comunista de influenciar sobre la organización sindical. El, el hombre más popular del movimiento obrero francés, fué paleado. Al querer expresar a los nuestros los saludos solidarios de los trabajadores, fué recibido con exclamaciones como: «¡Vete a paseo!» «¡Abajo la guerra!» Eran los antimilitaristas consecuentes del movimiento obrero francés: entre los maestros está acentuada esta tendencia. Ya Delmas, el secretario del Sindicato de Maestros, dijo que no elegiría entre esclavitud y guerra; él desprecia las dos. Los maestros no quieren que se provoque la guerra bajo el pretexto que se trate de una guerra contra la dictadura. «No debemos restablecer la libertad a fuerza de bayonetas, porque si hacer esto correríamos el riesgo de privar a la Europa entera de esta misma libertad.»

Más claramente aun se expresó el maestro Felce, de los Alpes marítimos. «Querer defender las libertades por la guerra, significa lo mismo como echarse al agua para no mojarse. Y añadió: «Opinamos que vale más ceder al fascismo hitleriano, cediéndole colonias que sacrificar a veinte millones de vidas humanas. Vale más discutir con todos aquellos con los que sea posible; porque en un sentido contrario no quedaría más que una solución: la guerra.»

Este punto de vista fué aprobado por una minoría bastante fuerte, de 218 votos; 827 delegados se expresaron en una forma más moderada. Se trata del mismo problema que en el Congreso socialista de Royan, caracterizó Zyromski, de la siguiente forma: «Preferimos la guerra a la esclavitud.» Desde luego, la C.G.T. no quiere la guerra; pero los trabajadores franceses no quieren tampoco hacer concesiones a los Estados dictatoriales. El Congreso de los maestros aprobó la táctica de la No Intervención, de León Blum. Sin embargo, no pudo negarse la mayoría frente al postulado de abrir las fronteras con la República española. Solamente una minoría ve en esto un peligro de guerra, la minoría de los pacifistas clásicos. Unirse sobre un punto de conciliación entre la política de fuerza y la renuncia absoluta a la violencia excede de la voluntad del pacifismo consecuente. El que mejor sabía manejar esta táctica era el general francés Lyautey, regente francés en Marruecos, durante muchos años, que decía: «Enseñar la fuerza muy a menudo, para no servirse de ella».

Los maestros antimilitaristas siguieron también con los medios clásicos de la acción directa. Piden la independencia del movimiento sindical de los partidos políticos y de los Gobiernos. La minoría pacifista rechazó a Jouhaux por estar demasiado inclinado hacia la guerra (!)

Los partidos de la derecha quieren quitar a los maestros el derecho a ocuparse de la política. Más los maestros no se sienten autómatas; como pedagogos, como seres humanos que piensan, quieren decir su opinión sobre los problemas de su pueblo y de su tierra. Sus intenciones pacifistas honran a ellos mismos y a su país. Su posición antirreligiosa, demuestra su lucha contra las escuelas confesionales, que en Francia se llaman «escuelas libres», quiere decir libres de la influencia del Estado. Hay un gran número de estas «escuelas libres» que están mantenidas por la Iglesia católica. El congreso de los maestros ratificó el programa educativo antirreligioso de los sindicalistas franceses.

La discusión sobre los problemas en el congreso de la educación probó que los maestros conocen muy bien las cuestiones educativas. Todos los discursos dieron prueba de un espíritu libre y de una comprensión muy honda del alma infantil.

La mejor característica de los maestros franceses consiste en que infiltran el amor a la paz en los corazones de la Juventud francesa. Una buena señal que emanó de este congreso: la disposición de todos los pedagogos franceses a trabajar por la paz, la libertad y el progreso.

AGUSTIN SOUCHY